



LA PRIMAVERA.

## D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(Conclusion.)

Después de haber tenido en Cádiz algun trato con D. Adolfo de Castro, jóven muy dado á los mismos estudios que él, y tan aficionado á los buenos libros españoles, D. Bartolomé Gallardo se indispuso con este literato á causa de haberlo tenido por un impostor, pues en su opinion habia contrahecho el famoso Buscapié de Cervantes que Castro habia anotado y dado á luz con grande aplauso, si bien algunos como Gallardo dudaban de su autenticidad. D. Adolfo de Castro insertó en el periódico titulado LA ILUSTRACION algunos articulos en que censuraba á Gallardo por su ortografía, y le reconvenia por no haber escrito cosa alguna de importancia en toda su vida, fingiendo unas cartas que le remitia á Gallardo desde el infierno el famoso Lupian Zapata, y últimamente principiá á escribir en el mismo periódico la vida de su antagonista en estilo burlesco, tomando con su persona y cosas el mas incisivo pasatiempo; pero este escrito no llegó á su término, de lo que ignoramos el motivo.

Gallardo, que no creia que D. Adolfo de Castro hubiese hallado el Buscapié, y aseguraba y queria probar que esta obra era supuesta por este, escribió un folleto con este título: *Zapatazo á zapatilla, y á su falso Buscapié un puntillazo*, juguete critico-burlesco en carta á los redactores de LA ILUSTRACION con varios rasgos sueltos de otras sobre la falsificación del *Buscapié* que Adolfo de Castro nos quiere vender como de Cervantes. Madrid, imprenta de la viuda de Burgos, año 1831. Este escrito fué el último que salió de su pluma.

Retirado en Toledo, y viviendo en su posesion rodeado siempre de libros y papeles, pasaba sus dias tranquilamente, cuando sin que hayamos podido averiguar el objeto, pasó á los baños de Bellús, partido de Jativa, en la provincia de Valencia, por el estio de 1832, y acometido de una violenta enfermedad, murió en Alcoy en setiembre del

mismo año *ab intestato*, y habiendo recibido únicamente el sacramento de la Estrema-uncion, si bien se dice que murió penitente.

Fué D. Bartolomé Gallardo desde su juventud muy dado al estudio y muy ávido de instruccion; pero tan buen gusto como adquirió en literatura, tan malo se lo formó en materias filosóficas, pues hubo de dar con los libros que tan en boga estaban en su tiempo de los filósofos franceses, en cuyas máximas y doctrina se imbuyó de tal modo, que las profesó toda su vida, y aun vino á dar en errores todavia mas graves que los que sostenia aquella por fortuna ya proscriba y desacreditada escuela; en lo cual ni manifestaba buen juicio ni tampoco buen corazon, y era lástima ver cómo discurría para salvar en su absurdo sistema algunos puntos fundamentales de filosofia moral. Estas opiniones, que no á todos dejaba traslucir, y que disimulaba en sus escritos, no combatiendo jamás los dogmas de la religion para pasar por creyente, dan mala idea de su ingenuidad; pues el hombre, ó no debe ponerse en el caso de manifestar las creencias que profesa, ó si se pone no debe disimularlas, siendo en su concepto buenas como se supone, y si tener bastante resolucion y fortaleza para confesarlas, conducta de que han dado ejemplo los secuaces fieles de todas las religiones y sectas, y aun los filósofos del gentilismo; pero D. Bartolomé Gallardo no tenia bastante valor para obrar así, pues conocia las consecuencias que podria traerle su incredulidad, mayormente en ciertos tiempos, y tenia que aparentar lo que no era. Compárense los rasgos que dejaba escapar en sus escritos en materias tocantes á la religion con lo que dice en su defensa del *Diccionario critico-burlesco*, y se descubrirá la mayor simulacion y la mas refinada hipocresia.

Era D. Bartolomé Gallardo de genio áspero y acre, inclinado á criticar, zaherir y motejar las faltas ajenas, y en literatura intolerante y descontentadizo hasta el extremo aun de sus propios escritos, y rara vez encontraba motivo para aplaudir las obras ajenas ni los talentos de otros literatos. Si tributaba algunos elogios, rara vez eran completos: siempre hallaba por algun capitulo motivo de censura. De los contemporáneos solo celebraba á D. Juan Nicasio Gallego como poeta, á D. Antonio Capmany como hablista y filólogo, y al doctor

5 DE JUNIO DE 1833.



D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga como bibliófilo y erudito. Podríase sospechar si esta falta de indulgencia era efecto de envidia, al ver que otros con mas ó menos perfeccion daban algunas obras á luz, al mismo tiempo que él no publicaba ninguna, lo que, si no se atribuye á su invencible optimismo, no sabemos á qué otra causa se puede atribuir. Su propension á la maledicencia no perdonaba á sus amigos, si así pueden llamarse los que mantenían con él correspondencia literaria; por cuyas razones no tuvo el buen nombre y el aprecio general que se adquieren los hombres de sus conocimientos, y murió sin el honor de haber pertenecido á corporacion alguna literaria.

Ha sido censurado D. Bartolomé Gallardo en estos últimos tiempos por lo que ha dejado de hacer, es decir, por las obras que pudo dar á luz en provecho y honor de nuestra literatura y no lo hizo, habiéndose contentado con publicar algunos folletos que son las únicas producciones que salieron de su pluma. Este cargo es muy fundado. Después de haber empleado su larga vida en estudiar nuestra literatura y descubrir muchos de sus ignorados tesoros, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrecían, murió sin haber publicado obra alguna interesante y de consideracion. Los folletos que dió á luz prueban muy bien lo que hubiera podido hacer: *ex ungue leonem*; y si damos crédito á lo que él decía, y en parte vimos, obras tenía trabajadas, ó trabajaba, que hubieran honrado las letras españolas, y conquistado á su autor un lugar preeminente entre los escritores de nuestro siglo. Pudo, contando con su teson y perseverancia á toda prueba, haber vuelto á trabajar alguna de las obras que perdió el día 13 de junio de 1823 en Sevilla, y así creíamos nosotros que lo hubiera hecho, pues estando en Castro del Rio se ocupaba en la composicion de su gran *Diccionario de la lengua castellana* de que ya en 1820 tenía compuestos mas de 150,000 artículos. Pudo al menos, si obras propias de gran estudio no, haber dado á luz alguna rica coleccion de las de nuestros poetas líricos ó dramáticos, ó otras análogas, y nada hizo, sin que con toda certeza podamos indicar el motivo. Acaso sus circunstancias particulares ó algunos inconvenientes, aunque fuesen de capricho, que él encontraba como la omnimoda perfeccion, fuéron causa de que sus tareas ningun provecho diesen á la literatura nacional. Por esto es de notar que sin mas títulos que sus folletos, así por las coyunturas políticas en que se publicaron, como por sus chistes y castizo lenguaje, haya adquirido una gran celebridad y un nombre eterno, aunque manchado con sus licenciosas ideas y su atrevida maledicencia.

Háse dicho tambien que necesitaba mucho tiempo para trabajar lo que escribía, y que su lenguaje es anticuado y rebuscado con cuidadoso afán en las vidas de los santos y en los romances.

El primer cargo es por lo menos exagerado; pues aunque se conceda que Gallardo gastaba mas tiempo que otros escritores en componer y limar sus escritos, y tambien que no tuviese tanta facilidad, ni fuese ningun *fa-presto*, no era tan tardo y premioso como dicen sus contrarios. Mas supongamos que esto fuese así: en nada rebaja la opinion de su talento, de su instruccion y extraordinaria laboriosidad, en la cual hay muy pocos que le igualen. Para graduar el mérito de un cuadro ó de una estatua, no sería justo ni discreto preguntar el tiempo que se habia invertido en ejecutarlos. Por otra parte, lo que á la literatura nacional importaba, no era que invirtiese mucho ó poco tiempo en escribir sus obras, sino que estas fuesen de mérito; y de buena gana perdonaríamos el defecto que á Gallardo se atribuye á todo escritor, con tal de que escribiese como él. *Sal cito si sal bene*, podríamos decir en este caso.

Vengamos á la censura por el capitulo del lenguaje, que es la mas infundada que se le podia hacer, y prueba en los que la han articulado la mas grosera y supina ignorancia de la literatura española y de la riqueza y hermosura de nuestro idioma. El ningun estudio que hace el comun de los escritores para aprenderlo á fondo, contentándose con el caudal usual y corriente que no basta para espresarse con propiedad y exactitud en los varios asuntos que se les ofrece tratar, es causa de que sea perdida su riqueza, dote como saben los que saben, en que ningun idioma ni vivo ni muerto le hace ventaja, de lo que dan testimonio los Diccionarios y el crecido número de escritores de los buenos tiempos de nuestra literatura. Despreciado como inútil este rico caudal que ofrece al pincel la mas peregrina copia de colores, tintas y matices para pintar todos los objetos y perspectivas de la naturaleza real y fantástica, física é intelectual, el idioma castellano no puede menos de aparecer pobre manejado por la turba multa de los escritores proletarios de nuestro siglo. Gallardo, que conocia muy bien este mal desde su juventud, procuró evitarlo, y lo consiguió á fuerza de estudio, y este, claro es que no puede hacerse sino en los buenos libros antiguos.

El continuo hábito pues que adquirió leyendo las obras de nuestros excelentes escritores (1) llegó á formar su diccion tan propia, castiza

y robusta, y por lo tanto tan diversa de la que se usa en el día, que no encontramos ninguna que comparárasele pueda. Sin que sea aventurado el juicio, nos atrevemos á asegurar que desde la restauracion de las letras en España á mediados del pasado siglo, no ha habido en ella un escritor que haya poseído mas á fondo la lengua castellana. Porque en efecto, ¿habrá alguno sólidamente instruido en nuestra lengua y literatura, que oponga la diccion floja, descolorida y deslavada de nuestros escritores coetáneos á la vigorosa, brillante y sustanciosa de los autores antiguos, de la que era la de Gallardo el mas perfecto trasunto? El conde de Toreno, juez no incompetente en la materia, decía que Gallardo escribía la lengua castellana con pureza y chiste: la misma junta censoria de Cádiz que calificó su *Diccionario critico-burlesco*, y no era amiga de Gallardo, concedía á este agudo ingenio, castizo lenguaje é interesante estilo; y otros escritores distinguidos han sentido del mismo modo. No era el lenguaje de Gallardo un amontonamiento de voces anticuadas, no; era el discreto maridaje de las palabras, desusadas ó proscritas malamente y sin autoridad, si, pero muy significativas y necesarias, y de los modismos y galanas frases ya desconocidas con las voces y giros adoptados modernamente por nuestra lengua, de lo que resulta el lenguaje llevado á su mayor perfeccion posible. ¡Palabras anticuadas de vidas de santos! dicen. ¿Puede darse ignorancia mas ridícula que la de los que así hablan de todo lo que no tiene el brillo de flamante y de novísimo, y son tan necios que creen que no pueden ser buenos en sentido literario los libros que contienen vidas de santos? Digan lo que se les anteje los bastardos críticos, que faltos de buenos estudios y sin mas instruccion que la que han adquirido en cuatro ó seis libros franceses malos ó buenos; no han invertido una semana en las tareas á que Gallardo se dedicaba continuamente; los que quieren conciliar la disipacion del tiempo y la indolente apatía con el crédito de hombres de letras, los violetos en fin, que son los que se han querido erigir en censores de D. Bartolomé Gallardo.

Para hacer ver la propiedad con que se espresaba este, no queremos dejar de poner aqui un ejemplo. En la página 3 de los *Cuatro palmelazos* dice así: «Y como cuanto una y otra lengua (la francesa y la española) como ramas, ó injertos al menos, de una misma cepa mas se acercan á su tronco mas parecidas son, no es ponderable el número de floridas elegancias que desatentadamente chapodan del español como extraño y nocivo *marhojo*.» Póngase en este periodo *cortan ó cercenan* en vez de *chapodan*, y desperdicio en vez de *marhojo*, y se verá desaparecer su propiedad y su significativa energia.

Sus conocimientos en nuestra literatura eran profundos, lo que reconocen todos los que trataron á Gallardo y son competentes para juzgar en este punto. En el número 305 del *Español* del año 1836, tratando del criticon, se dice lo siguiente: «Nos contraeremos pues ligeramente á un hecho solo, y es á los datos que el señor Gallardo presenta en manifestacion del profundo conocimiento que él solo quéd posee en el día de nuestra literatura é historia literaria, conocimiento adquirido á fuerza de trabajo incesante y de aplicacion rarísima, incapaz de apreciarse debidamente en este tiempo en que la ridícula traduccion de una mezquina memoria ó la servil adopcion de un pensamiento extranjero, bastan entre nosotros para que cualquiera se capte el nombre de filólogo ó bibliófilo consumado, ó de literato aventajadísimo.»

Entre los estudios de Gallardo, debemos contar los que empleó sobre nuestra prosodia: en esta materia hizo trabajos que admirarian al hombre mas laborioso é incansable, de lo que solo ha salido á luz que separamos un curioso artículo sobre el asonante en nuestra poesia castellana, y sería de desear que se publicase, si existe, lo demás que escribió sobre esta materia.

Quiso introducir una nueva ortografía que ha sido censurada repetidas veces, y en nuestro juicio, con mayor severidad que merece. Si se consideran desapasionadamente las innovaciones que introducía, se echará de ver que no eran tan arbitrarias ó infundadas, y aun necias como alguno de sus contrarios ha escrito. Su sistema de ortografía estaba reducido á suprimir la u líquida, sustituir la z á la c en algunos casos, dividir las voces compuestas y las enclíticas con guion para indicar su composicion; acentuar las dicciones eserupulosamente sin omitir la diéresis para dividir los diptongos ó la concurrencia de vocales en el fin de una diccion y principio de otra, y finalmente poner punto en medio de la linea cuando indica abreviú, y en la parte inferior cuando terminacion de periodo.

El catálogo de los escritos de Gallardo es el que sigue:

*Historia critica del ingenio español*. Tenia material para seis

(1) Yo no soy, decía Gallardo, de aquellos lectores de volateria, que como pajaricos de rama en flor saltan aquí y pican allí, y sin hacer apenas mas que menear

algunas hojas, se dejan al fin lo mejor del libro intacto. Cuando yo pongo de codos tomo un libro por mi cuenta, arde toda chamma sin distincion de verde ni seco: todo lo llevo abarriado sin dejar letra por leer: aprobaciones, tasa, fe de erratas, prólogo, dedicatoria, licencias, privilegio del rey (si le hay) en fin, yo lo leo y releo todo desde la antepartada hasta el *lass deo*.



abultados tomos en que los puntos mas característicos de nuestra literatura, romancería y teatro podian ya darse á la prensa.

Un romancero y un cancionero, con sus correspondientes disertaciones sobre este género de composiciones, á las cuales servian de comprobantes diez ó doce cancioneros, y sobre treinta romanceros impresos con mas de cuatro mil romances de mas ó menos mérito.

El Pindo español, coleccion de poesías castellanas antiguas y modernas, inéditas muchas, y de las editas no pocas corregidas y enmendadas segun las variantes que de sí arrojan los originales, copias manuscritas, é impresiones antiguas y modernas. Componia diez ó doce tomos.

Un Teatro antiguo español y su historia crítica escrita antes de emprender Moratin la suya, y con mayor ensanche y latitud de plan, ideas y criterio.

La Constanza, farsa de Castillejo. Descifróla por primera vez Don Bartolomé Gallardo de los borrones del original que se conservaba en la biblioteca de San Lorenzo del Escorial, lo que nadie habia podido hacer antes.

Vida de Tirso de Molina, que habia de acompañar á la comedia inédita y desconocida de este florido ingenio titulada La Peña de los enamorados.

El ingenioso caballero (1) D. Quijote de la Mancha, ilustrado de nuevo como igualmente la vida de su autor.

Diccionario autorizado de la lengua castellana.

Diccionario ideo-pático español, ó tesoro de las voces y frases que posee la lengua española para la expresion de los afectos, conceptos é ideas: con autoridades de nuestros clásicos.

Prosodia, ó arte rítmica española.

Además tenia varios juguetes y travesuras de ingenio, algunos en verso, como

El triunfo del rosario, poema burlesco en dos cantos en sesta rima. El título de este poema da que sospechar que fuese composicion no muy piadosa.

El coloquio de las camisas, ó las camisas parlantes.

El verde gaban ó el rey en berlina, poema joco-serio en sestillas. De este se imprimió en Londres un episodio en el periódico titulado O portugués que publicaba el doctor Rocha (2).

Para muestra de la dición prosódica de Gallardo, vamos á presentar únicamente un párrafo del folleto titulado Cuatro palmetazos, que es el que sigue:

«Ya no hay Pirineos. Este gran dicho de hiperbólico énfasis que, levantando valles y allanando montes presenta á la fantasía derribado por los suelos el antemural inmenso, medianil entre dos grandes naciones, fronterizas y contrapuestas en mas de un sentido; si en todos no ha logrado su real efecto, va teniéndole ya casi cabal en lo que toca á lenguaje. Parte es esta, en verdad, de aquella galana utopia con que algunos platónicos politicones imaginan reducible la inmensidad del linaje humano á una sola familia casera, sujeta á una ley y á una lengua: (*et legis et labii unius.*)

Mil y mil plumas parece como que á competencia trabajan en España, mas há de un siglo, en amoldar la lengua española á la francesa. ¡Singular empeño por mi vida! La lengua «sonora como la plata y grave (á dicho de un sabio francés) como la danza de la nacion que la habla»; la lengua que, como el brazo valiente sus conquistas, dilató su imperio mas allá de los últimos términos del mundo conocido; la lengua de los discretos y de las damas de toda Europa, cuando en todas las cortes de ella brillaba el acero y la bizarria española; —pretender esclavizar á uno de los dialectos mas insignificantes y cacófonos que abortó la bella lengua del Lacio en la confusion habilitónica que indujeron en el mediodia los bárbaros del Norte! — ¡Notable desacuerdo, vuelvo á decir, que el piano reciba el tono de un caramillo! porque, cierto, comparar con la castellana la lengua francesa, se me antoja lo mismo que comparar con un órgano un chiflo de castrador.»

No careció Gallardo de talento para la poesia; y aunque escritas como por humorada y sin pretensiones de merecer el nombre de poeta, dejó algunas pocas composiciones muy lindas, de las cuales se han publicado dos recientemente en el SEMANARIO PINTORESCO, y sin embargo queremos insertar aquí como muestra la siguiente:

### BLANCA-FLOR.

#### CANCION ROMANTICA.

«¿A qué es puertas y ventanas  
cerrar con tanto rigor,

si de par en par yo abiertas  
tengo las del corazon?»

Así con su madre á solas  
lamenta su reclusion  
la bella niña cenceña,  
la del quebrado color:  
de amargo llanto los ojos  
el pecho lleno de amor,  
y de par en par abiertas  
las puertas del corazon.

¡Madre, la mi madre, dice,  
madre de mi corazon!  
Nunca yo al mundo naciera  
pues tan sin ventura soy!  
Atended á las mis cuitas,  
habed de mi compasion;  
y de par en par abridme  
las puertas del corazon.

«Yo me levantara un dia  
cuando canta el roiseñor,  
lmes era de las flores,  
áregar las del balcon:  
un caballero pasara  
y me dijo: ¡Blanca-flor!  
Y de en par en par abríome  
las puertas del corazon.»

«Si Blanca, su decir dulce  
colorada me paró.  
Yo callé, pero miréle;  
¡Nunca le mirara yo!  
Que de aquel negro mirar  
me abrasó en llamas de amor;  
y de par en par le abrí  
las puertas del corazon.

Otro dia á la alborada  
me cantara esta cancion:  
¿Dónde estás, la blanca niña,  
blanco de mi corazon?  
En laud con cuerdas de oro  
y de regalado son,  
que de par en par me abriera  
las puertas del corazon.

El es gallardo y gentil,  
gala de la discrecion.  
Si parla, encantan sus labios;  
si mira, mata de amor;  
y cual si yo su sol fuera,  
es mi amante girasol;  
y abríome de par en par  
las puertas del corazon.

Yo le quiero bien, mi madre,  
(¡no me lo demande Dios!)  
quírole de buen querer,  
que de otra manera no.  
Si el buen querer es delito,  
muchas las culpadas son;  
que de par en par abrieron  
las puertas del corazon.

Vos, madre, mal advertida  
me clavais reja y balcon;  
clavad, madre, norabuena,  
mas de esto os aviso yo:  
cada clavo que clavais  
es una flecha de amor,  
que de par en par me pasa  
las telas del corazon.

Yo os obedezco sumisa  
y no me asomo al balcon.—  
¿Que no hable? yo no hablo.  
¿Que no mire? ¡miro yo?  
Pero que le olvide, madre,  
madre mia, olvidar no:  
que de par en par le he abierto  
las puertas del corazon.

En fin vos amásteis, madre,  
señora abuela riñó;  
mas por fin vos os velástais,  
y á la fin fin nací yo.  
Si vos reñís como abuela,  
yo amo cual amásteis vos,

(1) Así le nombra Gallardo, segun el codicillo, dice, de Cide-Hamete, no hizo algo segun el testamento.

(2) Entre los escritos de Gallardo se deben contar algunos artículos que insertó en el Diccionario de medicina de Ballana.



al que abrí de par en par  
las puertas del corazón.

Córdoba 1.º de mayo de 1833.

L. M. RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

### ARCA DE SAN ISIDRO LABRADOR.

El trascurso de siete siglos, las vicisitudes políticas y los ataques dirigidos á las creencias por escritos perniciosos, circulados con profusión, ya pública, ya clandestinamente, no han podido amenguar el afecto con que mira á su esclarecido patron la noble y leal villa de Madrid. Patria de reyes, de prelados, de sábios y de guerreros, considera sin embargo como su mas honorífico blason la cuna del humilde jornalero, que habiendo ejercido las virtudes en grado heroico, llegó á eclipsar con el brillo de su aureola el esplendor de la púrpura, el prestigio de la ciencia y la gloria que dan laureles inmarcesibles.

Corresponde al justo aprecio que hace Madrid de tan esclarecido hijo la veneracion tributada á los sitios que frecuentó. La cuadra en que guardaba su ganado, la estancia en que ocurrió su dichosa muerte, convertidas ambas en capillas, y la primitiva sepultura, en que fué colocado su bendito cuerpo, son visitadas todos los años con devocion sincera por infinitas personas el día 13 de mayo.

Los escritores que de esté siervo de Dios han hablado, forman un catálogo extenso, y acreditan de consuno la singular predileccion de que ha sido objeto nuestro sencillo labrador, desde que pasó á recibir en la mansion de los justos el premio de su ardiente caridad, hasta nuestros dias.

En las calamidades públicas los reyes y los pueblos han acudido al sepulcro de Isidro é implorado ante él la proteccion del Altísimo, poniéndole por intercesor; y las desgracias y aflicciones particulares en el mismo sitio han buscado, y no en vano, el consuelo y el remedio.

Es opinion de los mejores críticos, y se halla confirmada por Daniel Papebroquio, el mas sabio entre los eruditos autores de la gran obra titulada comunmente de los Bolandos, que S. Isidro pasó á mejor vida por los años de 1130, y el interesante códice de Juan Diácono espresa que permaneció sepultado por espacio de 40 años en el cementerio de la parroquia de San Andrés, cuya área al presente ocupa la capilla mayor. Los prodigios que acompañaron á la exhumacion del sagrado cuerpo, confirmaron la idea que del siervo de Dios conservaban los honrados moradores de Madrid, y le apellidaron santo, y le escogieron por su protector.

Colocáronle decorosamente en el presbiterio, entre el altar de S. Andrés y el de S. Pedro, cerca del tabernáculo de *Aquel* que ensalza á los humildes. Era este monumento de piedra; *sepulcrum lapideum* le llama Juan Diácono, que escribió el mencionado códice por los años de 1266 á 1271.

En el mismo siglo XIII, y con posterioridad á dichos años, sustituyó al indicado sepulcro la interesante arca de madera, adornada con pintura, que existe en la parroquia de San Andrés.

Al decir que esta preciosa arca, objeto del presente artículo, fué construida á fines del siglo XIII, nos apartamos del parecer de los modernos escritores Villegas, Marieta, Ortiz, Fr. Nicolás de la Cruz, Dávila, Quintana, Rosell, y otros que suponen haberla donado Alfonso VIII en testimonio de gratitud, persuadido de que S. Isidro fué el hombre rústico, que á él y á los reyes de Aragon y Navarra, sus aliados, se presentó en el campamento de Castro Ferrat, antes de darse la batalla de las Navas de Tolosa.

Alabamos la piedad y buena fé de los modernos autores, que atribuyen á la aparicion de S. Isidro la gloriosísima victoria de las Navas; pero no participamos de su opinion por muchas y convincentes razones.

Hallábase acampado el ejército cristiano en Castro Ferrat, falto de agua y sin poder operar ni permanecer allí. En situacion tan angustiosa, se presentó á los reyes de Castilla, Aragon y Navarra un pastor, que muchos años habia guardado ganado en aquellos ásperos lugares, y dió á conocer un camino por donde las huestes cristianas pasaron fácilmente á las Navas de Tolosa, movimiento que las dió la victoria.

El rey D. Alfonso, llamado *el Bueno y el Noble*, en la carta que escribió al sumo Pontífice Inocencio III, poniendo en su noticia aquel fausto suceso, dice: que cierto rústico guió á los ricos-hombres que llevaban la vanguardia.

El arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada y el prelado de Narbona, Arnaldo, que tambien se hallaron en la batalla, no citan á S. Isidro; antes bien espresan que el rústico era despreciable por su persona, y ambos le vieron y hablaron. Lejos de poderse aplicar á

S. Isidro aquella circunstancia, los datos que hay prueban que su alma angelical moraba en un cuerpo no menos hermoso que ella.

Enteramente incorrupto aquel, da testimonio de que era muy elevada la estatura de nuestro santo, y estan conformes los autores en decir que tenia bello rostro, confirmando la opinion de todos recibida, los dibujos del arca. ¿Cómo pudo reconocer Alfonso VIII en las facciones de Isidro al feo rústico que guió su ejército?

Los anales toledanos, el abad Alberico D. Lucas de Tuy, é igualmente los demás escritores de los siglos XIII, XIV y XV que hablan de la batalla de las Navas de Tolosa, no mencionan á S. Isidro.

Tres siglos después de haber sucedido aquel gran acontecimiento, se emitió la idea de que el rústico aparecido en Castro Ferrat era San Isidro, opinion que abrazaron y defendieron, con mas celo que copia de razones, los modernos escritores anteriormente citados, sin apoyarse en ningun documento coetáneo.

La prueba mas sólida que en apoyo de su parecer alegan, son los himnos que se cantaban á mediados del siglo XIII, y que insertó Juan, Diácono, en su estimable códice.

Ya los reyes, los capitanes y los jueces postran su rodilla ante el cuerpo de S. Isidro, dice uno de los versículos de aquellos himnos. Esto acredita que desde el año de 1170, en que debió ocurrir la exhumacion del santo cuerpo, los reyes, los ricos hombres y todos los magnates de la corte de Castilla visitaban el sepulcro glorioso de San Isidro, en lo que nadie puede poner la menor duda. Respecto á que aludan á la batalla de las Navas los himnos mencionados, no se infiere de ningun versículo.

D. Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Mondéjar, escritor juicioso y erudito, negó que el pastor á quien se debió el felicísimo triunfo de las Navas fuese el bienaventurado Isidro.

Pellicer y Rosell publicaron varios folletos en el pasado siglo, defendiendo el primero al marqués de Mondéjar, y rebatiéndole el segundo. Hemos leído los escritos de ambos, y adoptamos el parecer de Mondéjar y Pellicer, pues el esclarecido patron de Madrid no necesita glorias prestadas ni dudosas.

Dedúcese de las razones alegadas por Pellicer y Rosell, que desde el presbiterio fué trasladado el cuerpo del santo labrador á una capilla, construida y dedicada en su honor, no sabemos cuándo; pero mas bien que en tiempo de Alfonso VIII, á fines del siglo XIII. Fué reedificada por D. Francisco de Vargas, célebre personaje de la corte de Fernando V é Isabel la Católica.

Obtuvo al efecto la competente autorizacion de la Santa Sede, y el obispo D. Gutierre, hijo del citado caballero, colocó de nuevo el cuerpo del santo labrador en el presbiterio de la parroquia, erigiendo á sus expensas un suntuoso mausoleo. Permaneció en este la insigne reliquia, hasta que levantada la grandiosa actual capilla de San Andrés, ocupó el magnífico balquino de su centro.

Cuidó el obispo D. Gutierre de que se colocase en paraje seguro la interesante arca, adornada con pinturas, que por haber erigido aquel generoso prelado el mausoleo de que hemos hecho mencion, no contenia ya el santo cuerpo, el cual reposó en ella unos doscientos cincuenta años.

Desde el tiempo de D. Gutierre hasta nuestra época, ha sufrido mucho deterioro la preciosa arca, y se halla al presente en mal estado.

Está construida con tablones de pino de grandes dimensiones, tiene su tapa correspondiente, y se halla cubierta por el exterior de una piel fuerte, que adornan pinturas en todo su paramento. Guarnécela una cenefa, y en el centro hay varios intercolumnios con arcos ogivales, llenando los vanos cuadros que representan pasajes de la vida del santo labrador.

En uno de ellos aparece la virtuosa María de la Cabeza llevando la comida á su esposo que está arando: en otro se ve al caballero Juan de Vargas montado en un caballo blanco. A María de la Cabeza se la representa gallarda, jóven, alta, bien parecida, y vestida con una sencilla túnica de color encarnado; sobre la que lleva un jubon amarillo, bastante ajustado, y con manga estrecha y larga; las medias son azules y calza sandalias. Una especie de toca cubre toda la cabeza, excepto la cara.

El traje de S. Isidro, no menos curioso, consiste en un sayo algo corto, de color oscuro, con mangas ceñidas, y sujeto en la cintura por medio de una correa. Una capilla de color de rosa que entra por la cabeza y cae por delante y por la espalda hasta los muslos va encima del sayo, y tiene su correspondiente capucha. El calzado es al parecer mas fuerte que el de la santa.

La aureola de los justos adorna la cabeza del esclarecido labrador. Incurrieron algunos autores en el error de creer que S. Isidro debió hacerse ermitaño en los últimos años de su vida, por ignorar que el vestido con que le representan estas pinturas, le usaban todos los campesinos en los siglos XII y XIII. El traje que en las efigies se pone á este santo pertenece al tiempo de la casa de Austria, época de su canonizacion.



Un mendigo descalzo, con túnica encarnada y sobre ella un alboroz, habiendo sido socorrido por los bienaventurados esposos, está en actitud de bendecir su humilde y dichosísima vivienda, mansión de la virtud. Siefta la descrita arca en tres leones de piedra.

Con datos históricos hemos probado que esta arca no pudo ser donada por Alfonso VIII, y considerándola bajo el aspecto artístico, no la corresponde á nuestro parecer mayor antigüedad que el último tercio del siglo XIII; es decir, que han trascurrido mas de 550 años desde que fué labrada.

Si pudiésemos enumerar los enfermos que han hallado el remedio de sus dolencias orando ante esa arca, nos asombrarían los guarismos. Aun humanamente hablando, ¿quién podrá negar que á muchos enfermos la sola fé y el indecible gozo que experimentaban al verse delante del glorioso y venerado sepulcro les bastaban para conseguir la salud? Calcúlese el inmenso influjo que ejerce lo moral en lo físico, y nadie pondrá duda en lo que decimos. Después de haber hecho oración ante esa arca sagrada, ¿qué madre dudaba de la salud de su hijo? ¿Qué labrador temía por el éxito de su cosecha? ¿Qué persona afligida no hallaba consuelo? Por espacio de 250 años esta venerable arca guardó en su reducido ámbito el remedio de todos los males, el amparo de los débiles, el bálsamo consolador que restituía la calma á los corazones atribulados.

La restauracion de este objeto, por muchos conceptos precioso, está proyectada; y si el ayuntamiento la realizase, prestaría un señalado servicio á la religion, á la historia y á las artes.

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

## ROSALIA.

PORTE SEGUNDA.

(Conclusion.)

En el jardín encontré ya al médico, que examinaba atentamente una estufa llena de flores y plantas raras, y aproveché la ocasion de preguntarle su pronóstico acerca de la enferma.

Está mala, muy mala, me contestó examinando al mismo tiempo un magnífico nenúfar; yo no he querido afligir al padre, pero es preciso que poco á poco le vayamos preparando. Ningun poder humano puede salvar á esa pobre niña; y lo peor es que ella lo sabe, diferenciándose en esto de la mayor parte de los enfermos de su clase, á quienes sorprende la muerte haciendo proyectos para cuando recobren la salud.

—Yo iba á responderle; pero mirando hácia la quinta vi á Rosalia que desde una ventanilla me hacia señas con un pañuelo. Inmediatamente me aproximé á aquel sitio: y viéndome cerca la linda jóven, exclamó: Esperadme que ya bajo.

Con efecto, á los pocos instantes la vi descender por una especie de escalinata que desde las habitaciones principales conduce al jardín, y habiendo corrido á su encuentro, en breve estuve á su lado.

—¿Por qué salís tan temprano? la dije; el frío de la mañana puede haceros daño.

—¿Qué importa, amigo mio! cuando un reo está condenado, hace impunemente todo lo que se le antoja.

—¿Rosalia!

—Además, me interrumpió, vengo bien abrigada, no tengais cuidado.

Yo la di el brazo en silencio. Rosalia me llevó á una plazuela, en donde habia varios bancos de madera, y se sentó en uno indicándome que ocupara un lugar á su lado.

—Mi padre y Santiago duermen todavía, dijo la linda jóven. Os considero deseoso de saber el fin de mi relato, y es preciso aprovechar los instantes.

Y tapándose bien con un pañuelo grande que llevaba puesto, comenzó de esta manera:

V.

Ya conocéis á Santiago, por lo que me creo dispensada de enumerar sus buenas cualidades, y solo os diré que su corazón es mucho mas bello que su figura, inmensamente rico, de noble familia, y perfectamente educado, brilla siempre en todas partes por su esquisita elegancia y por la gracia de su conversacion. Mi padre le conoció en Italia, en donde recibió de él un señalado servicio, y desde entonces le quiere con entrañable afecto.

Quince ó veinte dias después de haberme reunido con mi padre llegó Santiago á Madrid, y aquel me le presentó, no como un amigo, sino como un hermano á quien debía amar.

Yo le amé en efecto, porque he hallado en pocos hombres tantas ventajas reunidas, y porque era para mí un placer muy fácil obedecer los deseos de mi padre. En cuanto á Santiago, ignoro el por qué; mas así que me vió concibió por mí la mas acendrada pasión que nunca desde entonces se ha desmentido. Verdad es que en aquel tiempo estaba yo en muy distinto estado que ahora. La felicidad de haber recobrado á mi padre, la salud que de dia en dia me animaba, y las galas de que mi natural orgullo me hacia cubrirme, me embellecieron de tal modo que francamente os diré que aun á mi misma me parecia hermosa. Sin embargo, el amor de Santiago es tanto mas apreciable á mis ojos, cuanto que él que siempre ha vivido en los mejores círculos, no ha encontrado en ellos segun me ha dicho una muger que pueda comparársele: lisonja que no lo es al salir de sus labios, pero á la que yo no doy mi asentimiento como me hareis la justicia de creer.

Me amó pues Santiago, y no tardó en declarármelo á mi padre, á quien este amor llenó de gozo, como os podreis figurar, sabiendo las buenas prendas del distinguido jóven. En cuanto á mí, al conocer su pasión, creí participar de ella, no con la vehemencia con que en otro tiempo habia sentido este afecto, causa de todas mis desdichas, y Rosalia suspiró, sino con un sentimiento mas tranquilo, exento de ese ardor, de esa ansiedad que en otra época habia abrasado mi alma; de modo que al hablarme mi padre de las esperanzas de aquel respecto á mí, no opuse obstáculo alguno á sus proyectos de matrimonio.

Santiago ya me habia declarado su amor con tanta vehemencia, con tanto respeto, con tan viva ansiedad, que mi corazón conmovido al contacto de aquella pasión tan verdaderamente sentida, recobró al parecer el fuego y la necesidad de cariño que ha sido siempre la fuente de mi vida. Los recuerdos de mis desdichados amores y del hombre que tan cruelmente habia pagado mi ternura, me atormentaban aun; pero sin violencia ni amargura, como la memoria de un sueño penoso y nada mas; así al menos lo creía yo entonces... ¡Ah! pluguiera á Dios que no me hubiese equivocado!

—¿Cómo, Rosalia! la interrumpí sin poder contenerme. ¿Será posible? ¿Amareis aun...

—¡Oh! perdonadme, amigo mio, perdonadme, exclamó la pobre jóven. ¡Soy tan desgraciada!

Y sollozando se cubrió el rostro con su blanco pañuelo.

Al verla en aquel estado recordé estos dos versos de un poema no publicado aun, pero que lo ha sido últimamente:

¡Un corazón valiente y generoso  
solo á amores de muerte da cabida!

Y disculpé aquel funesto extravío de un alma, afortunadamente sin igual.

Ya mas sosegada Rosalia, prosiguió su relato en estos términos:

—Obtenido mi consentimiento, mi padre fijó la época de mi enlace con Santiago para el próximo mes de mayo, que ahora acaba de pasar; pues en el tiempo que faltaba (estábamos entonces en diciembre) se restablecería enteramente mi salud y podrian hacerse algunos preparativos. Antes de que pasaran las cosas mas adelante, determiné aliviar á mi corazón de un grave peso, poniendo al mismo tiempo á prueba la pasión de mi prometido. En consecuencia, y no sin haberme costado un gran esfuerzo, declaré á Santiago por escrito (que de palabra nunca lo hubiera hecho) mis funestos amores y todas mis faltas sin ocultarle cosa alguna. El noble jóven tuvo la delicadeza de escribirme tambien antes de verme, y su carta es un modelo de pasión, donde me disculpa del modo mas ingenioso, asegurándome que mi declaracion aumentaba, si era posible, la ternura que hácia mí sentia. Desde este momento comprendí su alma generosa, y se redobló el cariño y aprecio que me inspiraba. Orgullosa de su amor, mimada por él y por mi padre, con la certidumbre de haber cumplido mi deber, y tranquila respecto al porvenir, pasé dias muy felices... pero muy breves, como todos los de mi vida.

La pobre jóven enmudeció, y haciendo un esfuerzo doloroso iba á proseguir. Entonces yo la rogué que no se fatigase mas; pero ella, sin hacerme caso, continuó de esta manera:

—Trascurrieron cerca de dos meses, pasados en una felicidad íntima haciendo proyectos para el porvenir, y esperando la primavera. Llegó el Carnaval, y una noche, noche aciaga que destruyó en un momento todas mis risueñas esperanzas, se empeñaron mi padre y Santiago en que les acompañase un rato al baile de máscaras del Teatro Real. Yo accedí á sus deseos sin presentir el golpe que me amenazaba, y me puse un capuchon y una careta, que el calor hizo que me quitara á pocos instantes de estar en el salón. Aunque vinieron á invitarme repetidas veces, no bailé, permaneciendo constantemente al lado de mi padre; pero en un momento que este y Santiago hablaban con un célebre cantante que habian conocido en Italia, acercóse á mí un máscara envuelto en un dominó, y fingiendo la voz me dijo:



—¿Querrá hacerme Rosalía el honor de bailar conmigo?

Al oír estas palabras quedé sorprendida, y habiendo inútilmente tratado de reconocer á aquella persona que sabía mi nombre, rehusé.

—Yo ruego á Rosalía que no sea tan cruel, repuso el máscara, si quiera en atención á los buenos recuerdos de.... Pamplona.

Un rayo no me hubiera causado mayor impresion. En aquella memoria, ó mas bien grosero insulto, reconocí al enmascarado, y esperímenté una sensacion tan íntima, tan dolorosa, que me privó de sentido y no supe lo que fué de mí en mucho tiempo... Cuando me recobré, prosiguió la pobre niña venciendo su emocion, estaba en mi cama, rodeada de mi padre, de Santiago y de los criados que me prodigaban auxilios, y la sangre que manchaba las almohadas me hizo conocer que habia tenido un vómito copioso...

—Tal fué la causa de mi recaída: desde aquel momento comprendí que mi corazon habia estallado, y una mezcla estraña de odio, de amor y de desprecio hácia el hombre que dos veces me ha robado la vida y la felicidad, me atormentó durante muchos dias. Inútiles han sido desde entonces los esfuerzos de la ciencia, y los que yo misma he hecho para vencer mi enfermedad: esta ha ido cada vez en aumento, reduciéndome al estado en que me veis.

—Mi padre, cediendo á un capricho mío, ha comprado esta quinta que se ha vendido al mismo tiempo que todos los bienes libres de la marquesa de E., mi antigua bienhechora, que ha muerto, y en el pasado mes de mayo nos trasladamos aquí, donde espero morir en medio de mis queridos campos...

—Réstame solo hablaros de una circunstancia cuyo resultado es para mí casi evidente. Durante mi última recaída Santiago estuvo para conmigo tan tierno, tan cuidadoso como siempre; pero le hallé sombrío y preocupado. Después, no bien me restablecí un poco, presté un viaje á Francia cuya verdadera causa he creído luego comprender. Con efecto partió, y precisamente al mismo tiempo que recibíamos una carta en que nos decia que se hallaba algo indispuerto, leí yo en un periódico, con referencia á otro de París, un duelo verificado entre dos jóvenes españoles de distincion, en el que uno habia quedado herido en un brazo y el otro muerto...

Rosalía cesó de hablar, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó abstraída en sus pensamientos. Los míos eran tantos que no me permitieron pronunciar una sola palabra. Luego la desdichada jóven se levantó maquinalmente, se apoyó en mi brazo, y nos dirigimos en silencio hácia la quinta.

## VI.

Quince dias después, el 4 de junio, fecha que no olvidaré en mi vida, nos hallábamos reunidos Rosalía, su padre, Santiago y yo en un cenador del jardín donde este último tenia sus armas y sus libros.

Eran las diez de la mañana, y el tiempo estaba fresco y apacible á consecuencia de la lluvia de la noche anterior.

La pobre jóven, sumamente decaída, y que con trabajo habia podido llegar hasta aquel sitio, miraba con distraccion al jardín, sobre cuyas plantas y flores brillaban aun algunas gotas. D. Lorenzo, agobiado por un abatimiento que en vano trataba de disimular, sentado al lado de su hija, parecia querer leer en su rostro los dias de vida que le restaban; y en cuanto á Santiago, me bastará decir que estaba tan pálido y desmejorado como la misma enferma. En medio de aquellas tres personas tan desgraciadas pensaba ya en esa especie de sarcasmo de la fatalidad que con frecuencia hiera á los seres mas dignos y mas profusamente dotados por la fortuna; y en vano trataba de animar la conversacion.

De repente, y como queriendo distraerse de sus pensamientos, me propuso Santiago que tirásemos un rato al florete, y tomando dos de los muchos que estaban colgados de la pared, nos salimos á una plazuela contigua al cenador.

Antes de entregarnos á nuestro ejercicio, para hacerlo con mas desembarazo, nos quitamos nuestros gabanes de tela, y Santiago se alzó las mangas de la camisa, preparándose para comenzar; mas súbito vimos que Rosalía, que habia observado nuestros movimientos con cierto interés, cayó desvanecida en los brazos de su padre.

Este desmayo, único que habia tenido durante su enfermedad, nos llenó de consternacion, y tomándola en nuestros brazos la trasladamos á la quinta. A pocos momentos volvió en sí, y señalándome á Santiago, que aun tenia alzadas las mangas de la camisa, me dijo en voz baja: mirad su brazo: y habiéndole yo mirado, advertí una profunda cicatriz que me lo esplicó todo. La infeliz niña habia creído ver desvanecidas sus dudas respecto á la muerte de Enrique, al observar la señal de aquella herida.

De este modo comenzó aquel funesto dia. En el resto de la mañana notamos en Rosalía cierta trasformacion que á mí me llenó de inquietud. El médico, que tres dias antes habia regresado á Madrid, juzgando inútil su permanencia, me habia dicho al despedirse que en

muchos casos el último sintoma de la enfermedad de la desdichada niña era una especie de reaccion, y yo comenzaba á advertir esta especie de reaccion en Rosalía. Sus ojos apagados iban recobrando un brillo y una limpidez admirable. La tos y la fatiga habian cesado enteramente, y al silencio habitual de la enferma sucedió una locuacidad estraña.

Después de comer, ó mejor dicho, de hacer que comíamos, Rosalía nos rogó que la esperásemos en su habitacion predilecta, que era la sala en donde dias antes me habia hecho su narracion, y se hizo conducir al oratorio de la quinta, permaneciendo allí cerca de una hora, después de la cual vino á reunirse con nosotros.

Su padre la oía y la dejaba hacer en silencio; su sensibilidad parecia agotada: el infeliz ni aun se atrevia á participarnos sus temores.

Santiago estaba sombrío y al parecer resignado. En cuanto á mí, hacia tiempo que esperaba el último golpe.

Rosalía hizo conducir una butaca al terrado de la quinta, y nos pidió que nos sentásemos á su lado. Desde este sitio la vista domina un inmenso espacio, y con dificultad podria hallarse un panorama mas bello. Un rio estrecho, pero de mucha corriente, pasa al lado del edificio, y después de recorrer una gran estension va á perderse entre dos altísimos cerros que al fin del horizonte se descubren. Sus aguas claras y sosegadas, ya se ocultan á intervalos entre las sinuosidades del terreno y entre las umbrías de la rica vegetacion que borda sus márgenes, ó brillan de trecho en trecho formando esos efectos de luz que han sido siempre la desesperacion de los mas grandes pintores. A la izquierda una cordillera de montañas, en cuyo declive venise trozos sembrados de olivos y cuadros de vides, separados unos de otros por cercas formadas de guijarros, limitan la perspectiva, haciendo un contraste estraño con la risueña llanura que en el opuesto lado se descubre. En ella estan situados dos pequeños pueblecillos, en uno de los cuales ejerció Rosalía su oficio de porquera, y en el espacio que media entre el mas distante y la quinta se despliegan dos vegas fertilísimas que el rio fecunda y separa.

Si á la hermosura de esta naturaleza muda, permitasenos esta frase, se aumenta la animacion, el movimiento de tantos millares de seres, esos rumores del pájaro que vuela, del insecto que bulle entre la grama, del corderillo que llama á su madre, ese ruido imperceptible del arado rompiendo la tierra, de las esquilas, de las perezosas vacas que vuelven al establo; los cantos de los leñadores, que en esta armonia universal dejan de ser rudos y desagradables, y en fin, esos gritos salvajes y plañideros que lanza el áve de rapiña desde su nido de rocas, se comprenderá la sublime magnificencia del paisaje que se ofrecia á nuestras miradas.

Rosalía, que le habia admirado embebecida durante largo rato, prorumpió en un torrente de lágrimas.

¡Dios mío! exclamó, esta es la última expiacion de mis faltas!

Y luego, notando el movimiento de sobresalto que involuntariamente habíamos hecho, miró á su padre con ternura, y tomando una de sus manos prosiguió:

—Sí, padre amado, amigos míos, ¿por qué nos hemos de engañar! Ya no veré las bellezas de la creacion mucho tiempo; ya no gozaré de vuestras caricias, y debo morir cuando la vida hubiera podido ser para mí un encanto.

—Calla, Rosalía! me partes el corazon con esas palabras! exclamó el triste padre recobrando toda la energia del dolor.

—¿Y por qué, padre mío? repuso la enferma acariciándole. Es cruel, muy cruel, dejar la vida, pues tambien dejamos la esperanza de esa felicidad á la que siempre se aspira en ella... mas por ventura ¿una dicha tan sujeta á mudanzas, y que al cabo se pierde, merece que la lloremos? No, padre mío, yo muero resignada. ¿Y quién sabe, á pesar de la hermosura del mundo, quién sabe si tal vez muriera feliz á no dejaros solo y sin consuelo? Y luego yo, padre de mi corazon, tengo mis creencias; sé que no se muere nunca, prosiguió Rosalía, con su dulce voz trémula de ternura; sé que el alma después que se separa del cuerpo sigue amando infinitamente mas, infinitamente mejor que ha amado en la tierra; que toma parte en los gozos y en las tribulaciones de los seres queridos que ha dejado en ella... Y si no, ¿de dónde provienen esos vagos presentimientos, esos temores sin causa, esas alegrías repentinas, esas simpatías y esos ódios que se revelan en nosotros sin que podamos comprender su causa, mas que de la proteccion invisible, del cuidado solícito de las almas amigas que velan por nuestra suerte? ¡Oh padre mío! yo velaré tambien por tí; yo viviré á vuestro lado, prosiguió, dirigiéndose á Santiago y á mí, y cuando dudeis, vacileis ó temais, acordaos de Rosalía, que os inspirará buenos y dignos pensamientos.

Rosalía hizo una pausa: luego, como cediendo á una idea repentina, dijo:

—Padre mío, dadme un beso: amigos míos, estrechad mis manos.

Y nos tendió las suyas mientras su padre la besaba llorando.

Santiago llevó á sus labios la mano de la infeliz niña con todo el



fuego de la pasión, y yo estreché la que me ofreció, que estaba seca y ardiente.

—He querido despedirme de vosotros porque la hora se acerca, continuó Rosalía con exaltación; desde ayer he conocido que la muerte me reclama, y he experimentado en mi esa vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse... ¡Llorais! repuso notando nuestras lágrimas, teneis razon: llorad por vosotros, porque el camino de vuestra existencia está sembrado de espinas. Yo leo en vuestro porvenir como en un libro abierto. Tú, pobre padre mio, eres el mas feliz. Tus dias serán breves; la caridad, el cumplimiento de tus deberes, la contemplacion de las obras del señor los llenarán de paz y de resignacion; pero ellos, padre mio, ellos... ¡cuánto tienen que sufrir aun! exclamó la jóven mirando á Santiago y á mí con una conmiseracion profunda...

El ruido de la campana que en la torre del vecino pueblo dió el toque de oraciones, hizo enmudecer á Rosalía, que después, cruzadas las manos, comenzó á orar en voz casi imperceptible. Su padre y nosotros seguimos su ejemplo poniéndonos en pié...

Cuando cesó el toque volvimos á sentarnos, y esperamos á que Rosalía hablara; pero en vano; ni aun percibiamos como antes el ruido de su respiracion. Continuaba inmóvil con los ojos cerrados y en la misma actitud, como si rezase todavía...

Entonces, sobresaltado por un horrible presentimiento aquel desdichado padre, se levantó de repente; y estrechando entre las suyas las manos de su hija, lanzó un grito-horroroso y cayó sin sentido...

Rosalía estaba muerta.

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

## ESCENAS DE UN DRAMA INEDITO.

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA IV.

*Alejo y luego Catalina.*

MARIA... (Dentro.) ¡Socorro!

ALEJO..... ¡Cielos!

CAT... (Saliendo.) ¿No habrá quien nos ampare?

ALEJ..... Señora!...

CAT..... ¡Venid! en peligro está quien vuestro favor implora, y que sin él morirá.

ALEJ..... ¿Dónde?...

CAT..... Seguidme.

ALEJ..... Yo os fio...

(Se oye ruido de espadas, y Catalina retrocede con miedo. Alejo se va por la izquierda.)

CAT..... ¡Ay!

ALEJ..... Esperad.

CAT..... Son Alanos, que este es su campo. ¡Oh Dios mio! salvadla.

ALEJ... (Dentro.) ¡Soldad, villanos!

CAT..... No le abandone su brio.

¿Mas qué es esto? Ya cesó el rumor.

#### ESCENA V.

*Catalina, Alejo, Maria.*

(Alejo sale trayendo en sus brazos á Maria; esta viene desmayada y cubierta con un largo velo.)

ALEJ..... Venid.

CAT..... ¡Qué veo!

ALEJ..... ¡en salvo! el cielo me oyó.

CAT..... Alzadla el velo.

ALEJ..... ¡Eso no!

MAR..... ¡Ay!

CAT..... ¿Me engañó mi deseo?

¿No oisteis? Cobrando voy aliento.

MAR..... ¡Favor!

CAT..... Calmad.

el recelo.

MAR..... ¿Dónde estoy?

¿quién me detiene?

CAT..... Yo soy.

MAR..... ¿Tuvieron de mi piedad?

CAT..... Sin el favor de un soldado que á nuestro socorro vino, vuestro fin era llegado.

MAR..... ¿Y es?...

CAT..... Mirad. (Señalando á Alejo.)

MAR..... ¡Dios sea loado

que os trajo por mi camino!

Acercaos...

ALEJ..... ¿Qué me queréis?

MAR..... Si ese traje no me engaña, sin duda pertenecéis á los soldados de España, y con Roger servireis.

ALEJ..... Soldado soy de Roger.

MAR..... Y para recompensaros tal favor, ¿qué debo hacer?

ALEJ..... ¿Vos? Nada.

MAR..... Tengo poder.

ALEJ..... Oh! no hay para qué cansaros.

MAR..... Sois modesto.

CAT..... (Y aun galán.)

MAR..... ¿No habeis sufrido reveses de la suerte?

ALEJ..... ¿A qué ese afán?

MAR..... En ese bolsillo os dan cien escudos genoveses.

(Dando un bolsillo á Catalina: esta se lo presenta á Alejo.)

No es paga, que mas virtud presumo de vuestro pecho: ofrenda es de gratitud.

CAT..... Tomad.

ALEJ..... No sé qué sospecho de tanta sollicitud.

Mucho os pesa agradecer: escusad la recompensa.

MAR..... ¿Os enojais?

ALEJ..... Puede ser.

MAR..... Si lo habeis tomado á ofensa, yo os quiero satisfacer. Perdonad si me engañó el traje: os juzgué soldado.

ALEJ..... ¿Quién os dice que mintió?

MAR..... ¿Nó sois caballero?

ALEJ..... No:

es mas humilde mi estado.

MAR..... ¡Cómo! y siendo tan implacable tan misera vuestra suerte, despreciáis la oferta mia: ¿y por qué?

ALEJ..... Preferiria mil veces antes la muerte. Mas si en dar alguna prenda al soldado, os empeñais, sin que esto favor se entienda, sirva á mi herida de venda ese lienzo que ahí llevais.

(Al oír las últimas palabras de Alejo, Maria se dirige hácia él por un impulso involuntario: un momento después se detiene.)

MAR..... ¡Por salvarme! á tal accion tal premio los cielos dan!

¿Dónde?...

ALEJ..... Aquí: siempre aquí son

(Poniéndose la mano en el pecho.)

mis heridas! todas van

derechas al corazon.

MAR..... Mas si peligrosa fuera...

ALEJ..... Por mi desventura es leve.

MAR..... Recompensaros quisiera, no así, mas de otra manera, como á vuestra accion se debe. Conservad, ya que os agrada, ese lienzo.

ALEJ..... Está mi herida



MAR ..... con harto precio pagada.  
 No olvidaré que á esa espada  
 debí esta noche la vida;  
 y si os place alguna vez  
 pedir por tan gran servicio  
 el premio, sed vos el juez.  
 ALEJ ..... No se dobla mi altivez  
 á tan duro sacrificio.  
 Solo os pidiera, si tanto  
 puedo ser yo venturoso,  
 que descubrais ese encanto  
 que avaro me niega el manto,  
 de su ventura celoso.  
 MAR ..... Más me pedis que pensais.  
 ALEJ ..... Perdonadme si indiscreto...  
 MAR ..... Pero si de mí fiais,  
 antes de mucho, os prometo

que cual pedis me veais.  
 ALEJ ..... (No sé qué dulce poder  
 hay en su voz!... se estremece  
 mi corazon de placer!)

MAR ..... Adios quedad: ya amanece,  
 y temo que me han de ver.  
 ALEJ ..... Pero sola?  
 (Haciendo ademán de acompañarla.)  
 MAR .... (Con severidad.) Noconsiento  
 que de aquí paseis.  
 ALEJ ..... ¿Ya enojos?  
 MAR ..... O borraréis desatento  
 el alto merecimiento  
 que os recomienda á mis ojos.  
 ALEJ ..... Esa razon me reporta;  
 mas mirad por vuestra vida...  
 MAR ..... No, no! la distancia es corta.



Adios quedad, que me importa  
 no ser aquí conocida.

(Vase con Catalina.)

ESCENA VI.

Alejo solo.

¡Estraña muger! no sé  
 qué encanto, qué melodía  
 en esa voz encontré,  
 que á no ser mi amante fé  
 tan firme... ¡vacilaria!  
 Y aunque es hoy la vez primera  
 que escucho y hablo á esta dama,  
 no sé qué estraña quimera  
 toda la razon me altera,  
 todo el corazon me inflama.  
 ¡Deseo! en vano procuras  
 buscar en algun recuerdo  
 la causa de estas locuras!  
 Inútilmente me pierdo

entre vagas conjeturas.  
 No es ella, ilusion que adoro  
 no es la voz que vertió en paz  
 aquí, de amor un tesoro,  
 con el arrullo sonoro  
 de la paloma torcaz.  
 Es el imperioso acento  
 del que subyuga y domina,  
 y mientras su influjo siento,  
 airado, me da tormento;  
 cariñoso, me fascina.  
 Mas ya moviéndose está  
 el campo: el deber te llama,  
 esclavó! olvida te ya  
 de la misteriosa dama...  
 como ella te olvidará.

(Con tristeza.)

A. GARCÍA GUTIERREZ.

Director y propietario D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra